

NOVELA

El inoportuno y trivial resbalón en los Alpes de Luca D'Andrea



★ ★ ★
«La muerte de Erika Knapp»
Luca D'Andrea
Alfaguara
424 páginas,
20,90 euros

Por Lluís FERNÁNDEZ

Luca D'Andrea escribió «La sustancia del mal» en 2016. Ahora presenta otra intriga con aires de misterio. Si su primera novela tenía como protagonista la montaña nevada y el enfrentamiento entre un grupo de personajes, «La muerte de Erika Knapp» desciende de la misma para narrar una intriga en la atmósfera asfixiante de los pueblos alpinos. Singulariza la prosa de este autor su desdén por las convenciones y recurrir a una narración ingenua y dislocada. Sería perdonable si no añadiese a la trivialidad de la trama un fondo folletinesco y misterioso poco afortunado. La historia desengancha apenas se percata el lector de que todo es un ir y venir sin ton ni son. Y su voluntad de estilo es más irritante que el abuso psicológico al que somete al lector con una intriga previsible.

▲ **Lo mejor**
La sorprendente intriga doméstica, que se ambienta en el Tiro del sur

▼ **Lo peor**
La voluntad de estilo del autor, que quiere ser el más moderno narrador de novelas de misterio

MALDITOS LIBROS

«Finnegans Wake», la última risotada de James Joyce

Es una de las obras más complejas del autor y la literatura. Está rodeada de mitos y todavía sigue siendo impenetrable para muchos lectores

Todos se aproximan a él con enorme respeto y reverencia, como a una especie de sacralidad intocable, probablemente, no hubo un tipo con mayor sentido del humor que James Joyce. Como a las afirmaciones jamás hay que tomarlas demasiado en serio, sobre todo si proceden de otros, fjémoslos, como botón de muestra, en la ironía y la desapegada distancia que desplegaba cuando tenía que referirse a sí mismo: «No haga un héroe de mí. Solo soy un hombre de clase media». Heredó

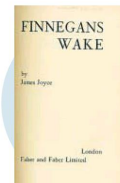
de su progenitor, al que hace referencias en distintas partes de su obra, un sentido del humor proverbial y un gusto por el chascarillo, la broma, el chiste fácil y una irrefrenable tendencia casi juvenil a jugar con las palabras que sostuvo a lo largo de toda su vida y que caló sus libros. Como afirma su biógrafo, Richard Ellman, «sus héroes no son fáciles de amar, sus libros no son fáciles de leer», pero, sin embargo, este autor sobrevive permanentemente suspendido de una tremenda paradoja: nunca los libros de alguien que ha sido alabado tanto y considerado de una forma tan unánime como un genio han sido leído por tan pocos, sobre todo, los que se consideran sus títulos capitales.

El tipo, sin duda, puede resultar desconcertante por sus vulgaridades, «su desprecio por el

dinero, su aprecio por el alcohol», su falta de decoro y una debilidad, máxime en un hombre de semejante hondura en sus conocimientos, a rodearse por personajes despojados de una aparente intelectualidad, como sastres, camareros y personas corrientes. Pero fue James Joyce quien se desmarcó con dos obras desconcertantes para el público. La primera fue su «Ulises» y el siguiente, y el último que escribió, «Finnegans Wake».

El alcohol resucita

La primera palabra de esta novela, o lo que sea, ya va marcando el terreno por donde piensa circular Joyce: «Riverrun», la suma de dos palabras que inspira en el lector justamente lo que pretende: el fluir de la corriente. Lo que viene a continuación, para muchos, un galimatías complejo, para unos imposible de digerir y para otros, una verdadera pieza de maestría y destreza literaria. Joyce, con esa retranca que le caracterizó siempre, aseguraba que el libro «lo están escribiendo todos los que he encontrado y conocido». Una alusión a las frases que descaradamente tomó de varios y que incluyó a lo largo del texto sin guardarse en prudencia y sin recato. Joyce, que, para va-



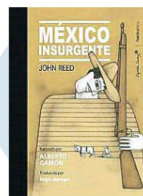
«Finnegans Wake»
James Joyce

Portada de la primera edición de la obra, que se publicó en mayo de 1939

riar, no renunció al humor en esta obra, partía de una balada irlandesa que narraba la muerte de un tal Tim Finnegán, quien, borracho, se mata de camino hacia el trabajo y que resucita cuando depositan unas gotas de whisky en sus labios. A partir de ahí, Joyce construyó un monumento literario que apelaba a los meandros por los que discurre el inconsciente humano y que, en su tortuoso sendero, mezcla un crisol de lenguas. Su propósito, más allá de revolucionar la novelística, era alcanzar las raíces de la lengua. Juzguen los lectores.

POR JAVIER OSS

ESCAPARATE



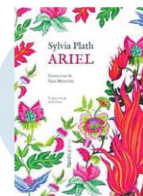
«México insurgente»
John Reed
Capitán Swing/Nórdica
319 páginas,
29,50 euros

Estas son las crónicas que John Reed publicó en los diarios «Metropolitan Magazine» y el «New York World». Suponen su visión de la revolución mexicana acaecida en 1910. El reportero estuvo al lado de los insurgentes de Pancho Villa y fue testigo de unos acontecimientos míticos del país. Ahora se recuperan los artículos ilustrados por Alberto Gamón.



«La cinta roja»
Lucy Adlington
Planeta
314 páginas,
22,90 euros

A sus 14 años consigue su primer trabajo como costurera. Pero no se trata de un taller corriente. Es el campo de concentración de Auschwitz. Allí descubrirá que las internas, en medio del horror, cosen y diseñan trajes y vestidos de ensueño para las privilegiadas esposas de los alemanes que trabajan allí. Una conmovedora historia basada en hechos reales.



«Ariel»
Sylvia Plath
Nórdica
200 páginas,
19,90 euros

Este iba a ser el segundo poemario de Sylvia Plath. Pero al final se publicó póstumamente. Fue editado por el poeta Ted Hughes, que se tomó la licencia de incluir varios poemas que ella misma había escrito poco tiempo antes de fallecer. El resultado es esta obra imprescindible, uno de los títulos fundamentales de la literatura inglesa del siglo XX.



«2030»
Mauro F. Guillén
Deusto
380 páginas,
19,95 euros

El libro es un aviso para navegantes. Una advertencia de lo que nos espera en el horizonte. El autor nos cuenta cómo dentro de una década van a converger una serie de tendencias que supondrán un punto de no retorno para la humanidad, como es el auge de los robots, el ascenso de la clase media africana o el problema demográfico del mundo. J. O.